

III. Cómo descolonizar las ciencias sociales

*Rodolfo Stavenhagen**

* Rodolfo Stavenhagen. 1971. «Decolonizing Applied Social Sciences». *Human Organization*, vol. 30, no. 4, pp. 333-357. Chicago, Illinois, Estados Unidos. Traducción de Carmen Cinta. Publicado en R. Stavenhagen, *Sociología y Subdesarrollo*. Editorial Nuestro Tiempo. México D.F. 1971.

Stavenbagen precisó el carácter político de la práctica de la antropología social; reiteró la imposibilidad de una ciencia «libre de valores» y la necesidad del desarrollo de una teoría capaz de explicar —aun sin comprobaciones de carácter empírico— lo que es la sociedad en toda su complejidad. Analizó la necesidad de abordar el problema del acceso al conocimiento social por parte de los sectores sociales que más urgentemente lo requieren, y que son los sectores más estudiados por los científicos sociales, y enfatizó el compromiso ideológico del científico social frente a las situaciones de injusticia y marginalidad mediante su participación en los procesos de cambio social. Destacó la necesidad de cambiar la naturaleza y calidad de la investigación, modificando las reglas del quehacer científico (investigar, publicar, enseñar), aceptando que la teoría implica orientaciones valorativas, haciendo que el conocimiento de los sectores estudiados llegue a éstos. Todo lo cual significa deselitizar y desmisificar la ciencia social, con el fin de asegurar su uso para fines humanitarios. El conocimiento que produce el científico social, escribe, «puede y debe volverse un instrumento para el cambio que, mediante el despertar y desarrollo de la conciencia crítica creativa, capacite a los que no tienen poder, a los oprimidos y colonizados, a cuestionar primero, luego a subvertir, y modificar el sistema existente. Para ello, el antropólogo debe pasar de ser observador participante a «observador militante»».

Introducción

Tal vez corresponda al destino de las ciencias sociales no sólo el que deban reflejar las formas dominantes de la organización social de su época sino también —como lo han hecho desde que se desprendieron del pensamiento social y político de la Ilustración— que deban convertirse en medios importantes para la expresión de las contracorrientes radicales y de la conciencia crítica que estas mismas formas de organización han originado. Esta relación dialéctica entre las ciencias sociales y la sociedad logra penetrar en los papeles conflictivos y frecuentemente ambiguos que los científicos sociales, como individuos, se ven forzados a desempeñar en la sociedad moderna.

Ultimamente ha sido necesario en algunos círculos criticar a la antropología en general, y a su variedad aplicada en particular, por sus ligas con el colonialismo y el imperialismo. Considero que ello es una medida saludable, ya que la relación histórica entre el colonialismo y el imperialismo como sistemas internacionales de dominación y explotación, por un lado, y por otro el uso de la ciencia social en la administración del imperio, han pasado inadvertidos o ignorados. Ya no puede descuidarse por más tiempo, y se ha vuelto claro para muchos de nosotros, que los métodos, las teorías, las diferentes «escuelas de pensamiento», los mismos objetos de estudio y observación en antropología y en otras disciplinas sociales han estado profundamente coloreados por esta relación histórica¹.

Permítaseme agregar desde luego que estoy profundamente convencido de las muy importantes contribuciones que la antropología y las otras ciencias sociales han hecho al progreso del conocimiento, independientemente de sus distintas relaciones con el colonialismo y el imperialismo, y particularmente al conocimiento de y sobre los llamados países subdesarrollados. También soy uno de los que reconocen la

¹ Los asuntos tratados en este artículo no son ni nuevos ni originales, y el autor es consciente de pisar tierras ya labradas. Simplemente esperamos contribuir al gran debate que ha tenido lugar en las ciencias sociales en años recientes y al cual han contribuido muchos colegas de varias disciplinas y de diferentes países. Véase, por ejemplo, la discusión de Berreman y otros (1967), y entre los sociólogos latinoamericanos el debate entre Orlando Fals Borda y Aldo Solari en la revista *Aportes*, 1968-1971.

profunda corriente de humanismo, progresismo, liberalismo y radicalismo que ha caracterizado al desarrollo de la antropología, y aun algunas de sus variedades colonialísticas. Así, me parece igualmente equivocada negar las evidentes relaciones históricas entre el colonialismo y la antropología (o en entre el imperialismo y la llamada sociología del desarrollo) —asunto que se sitúa en el campo de la sociología del conocimiento— como simplemente tratar estas disciplinas como auxiliares de la dominación colonialista o imperialista.

Porque es precisamente de la ciencia de la sociedad de donde han brotado las más vigorosas críticas a los sistemas coloniales, a la dominación imperialista, a las estructuras políticas totalitarias y a la sociedad de clases burguesa. Han surgido nuevas generaciones de científicos sociales radicales —principalmente en el Tercer Mundo—, quienes cuestionan algunos de los supuestos básicos sobre los cuales parece estar basada la ciencia social en los países industriales. Aun así, se debe reconocer que estos mismos científicos sociales son un producto del modo como la ciencia social en general se ha desarrollado.

Creo que debemos ver estos problemas desde dos ángulos: los usos o la aplicación del conocimiento sociocientífico en general, y la práctica profesional de la ciencia social aplicada.

Usos del conocimiento sociocientífico

Como todo conocimiento, el conocimiento sociocientífico forma parte de la herencia cultural de la humanidad. Está ahí para ser usado o aplicado por aquellos que puedan y sepan utilizarlo. Aun cuando los científicos sociales pueden ser responsabilizados parcialmente del uso que se da a los conocimientos que ellos imparten, pueden hacer muy poco para controlar realmente el proceso si permanecen dentro de las reglas establecidas del juego científico (investigar, publicar, enseñar). Son las reglas del juego las que deben ser cambiadas. Creo que el problema depende de dos factores importantes: la naturaleza y calidad de la investigación y la difusión de la información a usuarios potenciales. Pero estos dos aspectos están íntimamente ligados, y se condicionan uno a otro.

Los estudios antropológicos son comúnmente criticados por estar interesados en sociedades parciales de pequeña escala, y se asegura que este enfoque no les permite ver problemas y relaciones más amplios, necesarios para un entendimiento significativo de la realidad. La crítica radical exige un enfoque global en términos de unidades sociales globales y de sociedades totales. Sin embargo, no es suficiente afirmar simplemente que los campesinos o tribus o comunidades rurales están integrados a conjuntos más amplios (una verdad que desde el principio no se les ha escapado a los antropólogos). La labor de la antropología es descifrar los mecanismos que relacionan la tradicional unidad de estudio antropológica con una sociedad más amplia, descubrir las relaciones e interconexiones mutuas, analizar rupturas, conflictos y contradicciones. Esta no es una cuestión de ideología, como algunos pensarían, sino de metodología, de investigación y de una teoría adecuada.

En general, la antropología —al concentrarse en los fenómenos de pequeña escala, en lo aislado, en lo tradicional— no ha manejado satisfactoriamente los aspectos teóricos involucrados en estos vínculos y relaciones. Pocos antropólogos que han llevado a cabo trabajo de campo entre tribus primitivas o campesinos han tenido una teoría —ni siquiera una orientación teórica general— que les ayude a explicar tales vínculos. Al contrario de los sociólogos y politólogos, los antropólogos no han prestado mucha atención a la interpretación de las sociedades nacionales, de las que estudian sólo aspectos parciales. Generalmente han sido bastante ingenuos en lo concerniente a estructuras sociales nacionales o a sistemas mundiales. (No me refiero a estudios de culturas nacionales o sobre el carácter nacional, que son bastantes numerosos.) De hecho, los estudios antropológicos en los países subdesarrollados han estado demasiado ligados a la cultura, en las dos acepciones de este término. Por un lado, a pesar de quienes afirman lo contrario en nombre del relativismo cultural, siempre que se consideran problemas de cambio social encontramos modelos lineales basados en el supuesto de que la modernización y el desarrollo llevarán necesariamente a algún tipo de estructura social similar a la sociedad capitalista industrial de clase media y de consumo de la que nosotros mismos somos parte. Por otro lado, al acentuar, y muy frecuentemente al deificar la cultura como concepto, la antropología ha sido incapaz de manejar los problemas involucrados en el análisis de sistemas sociales totales.

Las teorías sobre sociedades nacionales (o, para el caso, sistemas mundiales) desde luego no son falsas o verdaderas en ningún sentido absoluto; son simplemente más o menos importantes al intentar explicar adecuadamente un número de hechos observables y sus interrelaciones. A mi juicio, ninguna de las teorías existentes se puede verificar o probar directamente (en el sentido de laboratorio que les gustaría a algunos «puristas científicos»). Necesariamente reflejan la orientación de valores de aquellos que las utilizan, pero en su capacidad para explicar conjuntos de hechos particulares serán a la larga más o menos adecuadas. Y esto desde luego tiene que ver con lo que queremos explicar.

La práctica profesional de la ciencia social

Nos permitimos recordar la discusión, hace algunos años, entre Robert Redfield y Oscar Lewis, sobre la interpretación de la estructura social del pueblo mexicano de Tepoztlán. No podemos, de seguro, afirmar que una de las interpretaciones opuestas es verdadera y la otra falsa. Sólo podemos decir que ciertos hechos parecen estar mejor explicados por una interpretación que por la otra. Una discusión similar —con importantes implicaciones para los programas de acción— se ha originado en torno al concepto de «resistencia del campesino al cambio» (véase Huizer, 1970). El que aceptemos las teorías que intentan explicar el «conservadurismo campesino» o prefiramos aquellas que subrayan la «rebeldía campesina» dependerá de nuestra orientación de valores, y nuestra selección, a su vez, determinará la importancia que atribuyamos a las diferentes clases de datos empíricos.

En cierto nivel de generalidad, las teorías sobre estructuras social y dinámica de las fuerzas sociales no pueden ser sometidas a prueba en el sentido inmediato; solamente permanecerán o se derrumbarán en la perspectiva histórica. Más correctamente deben ser consideradas como paradigmas. Yo iría un paso más adelante, parafraseando un antiguo consejo popular anglosajón: la prueba de la teoría está en la praxis. Lo que quiero decir con esto es que, a la larga, cualquier teoría de la sociedad, y particularmente del cambio social, será estimada por su utilidad como instrumento de acción en manos de grupos sociales organizados.

Carlos Marx lo formuló de esta manera: «La teoría se convierte en una fuerza material tan pronto como arraiga en las masas.» Esto conduce al problema de la ideología y las orientaciones de valores en relación con la teoría: una teoría válida empíricamente se convierte en conocimiento (no en «verdad» en sentido absoluto); el conocimiento es necesariamente relativo, a veces ambiguo, y está sujeto a revisión constante; puede convertirse en ideología cuando se utiliza como guía para la acción; y si es convalidado por la praxis (i.e., por la acción organizada y con fines específicos de grupos sociales) deja de ser una «mera» teoría y se convierte en realidad social. Se puede decir contra este argumento que lleva a la trampa de la profecía que se cumple a sí misma. No creo que esto deba desanimarnos, porque si aceptamos que el hombre no es solamente una criatura ciega de las fuerzas históricas, sino que también moldea su propia historia, con las limitaciones que esta misma historia le impone, entonces la profecía que se cumple a sí misma se convierte en una de las muchas fuerzas dinámicas que la humanidad utiliza para forjar su futuro.

¿Qué significa esto en términos concretos? Tomando un ejemplo de la antropología, generalmente se está de acuerdo en que los programas de desarrollo de la comunidad no tienen tanto éxito como deberían (o se convierten en completos fracasos) porque son incapaces de promover realmente la participación de la comunidad. Y esto es así porque se basan en supuestos equivocados, que se derivan de orientaciones teóricas inadecuadas, sobre la estructura social de las comunidades rurales y sus ligas con la sociedad más amplia. Específicamente, ignoran o hacen a un lado los patrones de dominación, las estructuras de poder y el potencial de conflicto entre grupos sociales situados en posiciones distintas (i.e., clases sociales), a nivel local y regional, si es que no perpetúan de hecho (como es el caso frecuentemente) las mismas desigualdades que pretenden remediar. Sin embargo, cuando se aclaran los problemas en torno a los cuales se libra la lucha social (porque han sido identificados y analizados adecuadamente —y generalmente no por el científico social sino por las mismas partes interesadas), entonces las comunidades (o una buena parte de ellas) sí se convierten en fuerzas dinámicas para el cambio social progresista. Recuérdese el potencial de movilización de los campesinos en torno de la reforma agraria en la mayoría de los países latinoamericanos.

Las teorías sociales comúnmente manejadas han sido incapaces de hacer frente a estos fenómenos, y generalmente se pide tardamente a los científicos sociales que expliquen *ex post* lo que debería haber sido claro desde el principio. Por esto sostengo que la teoría social más fructífera es aquella que puede ser comprobada no mediante una verificación estadística, sino mediante la resolución práctica y cotidiana de problemas de la vida real. Estos problemas prácticos son una preocupación creciente para los científicos sociales de todo el mundo, y nos imponen la necesidad de examinar el problema de la relación entre el investigador y la sociedad más amplia dentro de la cual actúa.

Siempre me emocionan los prólogos a las monografías publicadas sobre América Latina, en los cuales el agradecido autor expresa su reconocimiento a Don Simpático, a Doña Gracias y a los demás habitantes serviciales de San Pedro o San Miguel (o cualquiera que sea el nombre del barrio o del pueblo), sin cuya colaboración y hospitalidad el estudio no se habría escrito nunca. Pero qué tan frecuentemente estas comunidades y estos serviciales informantes cuyas vidas son puestas al desnudo tan cuidadosamente por expertos investigadores llegan realmente a conocer los resultados de la investigación? ¿Se hace algún esfuerzo para canalizar las conclusiones científicas y los resultados hacia ellos, para traducir nuestra jerga profesional a conceptos cotidianos que la gente pueda entender y de los cuales pueda aprender algo? ¿Y, sobre todo, resultados a los cuales ellos puedan contribuir por medio del diálogo? ¿No sería recomendable que las instituciones patrocinadoras, en colaboración con los investigadores, realizaran esfuerzos para asegurarse de que los resultados de los estudios se liberasen de las ligas de las publicaciones especializadas, las bibliotecas de las universidades o el olvido de los archivos gubernamentales? ¿Pueden los libros sobre los campesinos ser sometidos a la atención de las organizaciones campesinas, y ser discutidos con ellas y utilizados por ellas? ¿Puede hacerse que los estudios sobre migrantes urbanos ayuden a los sindicatos y a las asociaciones voluntarias locales a entender mejor y por lo tanto a resolver sus problemas? ¿No pueden los estudios sobre movimientos sociales, rebeliones y revoluciones populares ser despojados de sus adornos científicos y eruditos y ponerse a disposición de los propios revolucionarios?

Supongo que el valor científico de esos trabajos es suficiente como para merecer ese proceso de deselitización. Sin embargo, no siempre es

éste el caso. No estoy seguro de que mucho de la producción antropológica sobreviva a la confrontación crucial con su objeto —transformado en tal caso de objeto en sujeto activo—. No sólo nos enfrentamos a la necesidad de un proceso de deselitización, sino también de desmistificación, y aquí tiene una responsabilidad primordial el investigador. (Hace algunos años, C. Wright Mills propuso esto en *La imaginación sociológica*, pero me atrevería a decir que sólo unos cuantos científicos sociales han seguido su proposición.)

Opinión de los grupos estudiados por antropólogos

Es una triste reflexión sobre el estado de nuestro arte el que en las poquísimas ocasiones en que miembros de los grupos estudiados por antropólogos tienen la oportunidad de hablar de nuestra profesión, sienten la necesidad de hacerlo en los términos menos halagüeños. Aparte el ingenio de su autor, una reciente opinión de un líder de indios norteamericanos en el sentido de que su pueblo había sido maldecido más que ningún otro en la historia porque tenía antropólogos, debe hacer pensar a muchos (Deloria Jr., 1969: 83). Y sería equivocado encogerse de hombros ante esto. Frecuentemente me he preguntado qué quedaría de conceptos tales como el de cultura de la pobreza, creado por los cultos y los ricos, si los pobres tuvieran algo que decir en el diagnóstico de sus propios problemas (sobre esto, véase Valentine, 1968). O cuáles serían los resultados cuando campesinos *encogidos* salieran al encuentro de antropólogos *entrones* sobre bases iguales (véase Erasmus, 1969)².

En el África negra de habla francesa los intelectuales y los estudiantes tienden a calificar a los científicos sociales extranjeros visitantes (especialmente a los franceses) según su grado de descolonización mental,

² El antropólogo Erasmus encontró, al estudiar a los campesinos del Estado de Sonora, que la gente distingue entre los «encogidos», que son campesinos tímidos, pasivos y sin mucha iniciativa, y los «entrones», que son dinámicos y emprendedores. En materia de desarrollo económico, Erasmus va a estos últimos y ha erigido el «síndrome de encogido» en un concepto general que supuestamente constituye un obstáculo para el desarrollo.

antes de empezar a juzgar su capacidad profesional. En estos países la identificación del colonialismo con la etnología es tal que el solo nombre y la naturaleza de la disciplina están desprestigiados y son rechazados por muchos africanos. (Véase Jaulin, 1970, y Copans, 1971, para una crítica de la etnología neocolonial francesa.)

Divulgación de los resultados

Sin embargo, en la mayoría de los casos los investigadores de las comunidades académicas (particularmente cuando regresan a su propio país) pueden hacer relativamente poco para regular el uso o la malversación (o simplemente, el no aprovechamiento) de los frutos de su labor. Frecuentemente se oye decir entre grupos radicales que las investigaciones sociales sólo sirven a los gobiernos represivos, a las clases explotadoras o a los imperialistas. Algunos científicos sociales radicales más jóvenes se niegan, en consecuencia, a publicar sus trabajos y hasta a hacer investigación. Aun cuando algunas veces es ciertamente necesario demorar o impedir la publicación de los resultados de una investigación debido al daño que pueden causar a los grupos que son objeto de la misma, los que toman esto como cuestión de principios simplemente se radicalizan tanto que quedarán fuera de toda actividad socio-científica importante. Me parece que el punto aquí es salvar a la ciencia social y asegurar que sea utilizada para fines humanitarios y no destructivos, pero no abandonar el campo completamente.

Creo, pues, que parte del problema estriba en la difusión entre el público deseado del producto de la investigación. Pero no se trata de una cuestión de simple transmisión de información, ya que la naturaleza y características de esta transmisión (si es diseñada como parte de la investigación misma, a través de un diálogo creador entre el investigador y el objeto-sujeto de la investigación) la convertirá en un proceso de aprendizaje mutuo y así cambiará la propia naturaleza de la actividad científica. Esto —trasladado a la problemática de la investigación— es lo que Paulo Freire llama *dialogica* en su *Pedagogía del oprimido* (1970).

Sin embargo, precisamente uno de los aspectos más criticables y más criticados de la ciencia social —por lo menos en lo que al Tercer

Mundo se refiere— es que está preocupada principalmente por estudiar al oprimido —desde afuera—. En años recientes debería haber quedado bastante claro que las causas de la opresión, o de la explotación, o de la carencia (relativa o absoluta), o simplemente del retroceso y del tradicionalismo, están en el funcionamiento de los sistemas totales, en la naturaleza de las relaciones que vinculan a los oprimidos con sus opresores (o, si estas palabras lastiman la sensibilidad de aquellos que piensan que llevan una carga valorativa demasiado grande, podemos decir, los privados y los privilegiados), dentro de un sistema total. Por lo tanto, debemos tratar de canalizar hacia los primeros no solamente el conocimiento científico sobre ellos mismos, sino también sobre cómo funciona el sistema. Y esto requiere dar atención al otro polo de la relación, tal vez el más importante: el de los grupos dominantes.

Estudios del sistema de dominación: una necesidad

Para entender cabalmente las fuerzas sociales en un proceso de cambio social se requiere algo más que un análisis de los grupos sociales de los estratos bajos, o de los movimientos sociales contra los sistemas de dominación establecidos. Se requiere el estudio del propio sistema de dominación, y particularmente de los mecanismos mediante los cuales los grupos sociales dominantes, las élites, encuadran dentro de la estructura general, cómo reaccionan y participan en el proceso de cambio, cómo operan para mantener, adaptar o modificar los sistemas existentes. Es aquí donde veo un vasto campo nuevo de investigación para el científico social radical. Comparado con los estudios sobre indios, campesinos, tribus primitivas, pobres de las ciudades, migrantes marginales, etc., el estudio científico de las élites y de los procesos de toma de decisiones en los pisos superiores del edificio social es aún muy incompleto. Uno pensaría que debido a su origen social, su educación universitaria y su lugar dentro de la estructura social el científico social debería estar capacitado para llevar a cabo tales estudios; pero hasta ahora su equipo científico y mental no parece haber funcionado en ese sentido. Al concentrar su atención en «los de abajo», el científico social ha revelado precisamente la tendencia que más se presta a la crí-

tica radical: el enfoque paternalista o «colonial» en el estudio de la sociedad. Más que ninguna otra de las disciplinas sociales, la antropología ha estado sujeta a estas limitaciones. Y tal vez por esa misma razón es una obligación de la antropología romper con su propio pasado y señalar nuevas rutas.

¿Cuántos estudios tenemos de élites políticas y su proceso de toma de decisiones, del funcionamiento de las burocracias, de los empresarios (no solamente como innovadores o modernizadores, sino como grupos de intereses políticos y económicos), de los inversionistas extranjeros en los países subdesarrollados, de la corrupción entre los líderes sindicales, de la publicidad y la manipulación de las ideologías, de las opiniones, las actitudes, los gustos y las emociones más íntimas; del papel de los latifundistas en el mantenimiento de la sociedad agraria tradicional; de los cacicazgos o el *coronelismo* regional y local; de la influencia de las misiones diplomáticas extranjeras en la política nacional; de las jerarquías eclesiásticas; de las camarillas militares; del papel de los medios de comunicación masiva; de los sistemas educativos opresores; o simplemente de los variados y múltiples aspectos de la represión (física, cultural, psicológica, económica) que los grupos dominantes utilizan para mantener el *statu quo*? Cuando estudiamos comunidades indígenas, ¿cuántas veces hemos analizado los sistemas políticos regionales? Cuando estudiamos comunidades de campesinos, ¿cuántas veces hemos prestado atención al manejo de los sistemas de mercado nacionales? Cuando describimos a los urbanícolas pobres, ¿qué papel atribuimos a la especulación con bienes raíces y a los intereses económicos en el desarrollo de las ciudades? Cuando observamos al migrante rural en el proceso de industrialización, ¿hasta qué grado somos conscientes del papel y la función de las corporaciones multinacionales en la determinación de los niveles de inversión, tecnología y oportunidades de empleo? Cuando juzgamos los efectos del desarrollo de la comunidad, de los programas de salud o de nutrición en nivel local, ¿qué sabemos realmente del proceso político y burocrático estudiado? Reconocemos que estas son áreas difíciles para un trabajador de campo. Y por tradición hemos escogido el camino de la menor resistencia. Es más fácil entrar en una choza campesina que en la oficina de un *ejecutivo*; además, no es probable que el campesino lea algún día nuestro informe de campo.

Ello no obstante, si la ciencia social no ha de volverse inútil para el proceso de cambio social tal como está ocurriendo en los países subdesarrollados, debemos enfrentarnos a estos nuevos retos, utilizar nuestra imaginación sociológica, convertirnos en observadores, tal vez hasta en observadores participantes, de esas instituciones y áreas de actividad que son significativas. Esto no es fácil, y tal cambio de enfoque tropezará con enormes —espero que no invencibles— dificultades.

El conocimiento, elemento de poder

El conocimiento socio-científico ha dejado de ser desde hace mucho un simple lujo académico. Como todo conocimiento científico, se ha convertido (y cada vez más) en un elemento de poder (económico, social, político). De ahí la rápida proliferación de *think tanks*, bancos de datos, centros de documentación, etc. El investigador académico (particularmente el joven) ya no puede escoger su actividad de investigación simplemente siguiendo sus caprichos intelectuales. Su selección es gobernada por los fondos disponibles, por los centros universitarios que se especializan en esta o aquella área, por la «moda científica» (que es quizá tan tiránica, a su manera, como lo son las modas femeninas en la suya), y por otras consideraciones institucionales. En estas circunstancias, la acumulación de conocimientos sigue patrones predeterminados sobre los cuales el investigador individual tiene relativamente escaso control. Al enfrentarse a esta situación puede seguir una de tres alternativas:

a) Simplemente continuar produciendo información —como un trabajador en un tren de montaje produce refacciones—, sin importarle su uso final. Pero seguramente tal enajenación científica está en contradicción directa con el papel del intelectual en la sociedad como humanista y como crítico social.

b) Producir conocimientos que vayan de acuerdo con las interpretaciones prevalecientes y establecidas de la sociedad, aceptando y utilizando en su trabajo las premisas sobre las cuales son predicadas la continuidad y la estabilidad de los sistemas sociales existentes. Yo incluiría

bajo este membrete la mayoría de los estudios sobre, digamos, aculturación, movilidad de las clases sociales, modernización, correlaciones socioeconómicas de actitudes y comportamientos individuales, monografías sobre comunidades, etc., dentro del marco de referencia del funcionalismo y del *behaviorismo*. Si bien este tipo de investigaciones ha contribuido considerablemente a una acumulación de conocimientos en general, ha ejercido escasa influencia en el cambio de los patrones prevalecientes del uso de dicho conocimiento, y en la distribución del conocimiento productivo entre los diferentes grupos sociales. Consistentemente estoy estableciendo aquí una analogía entre la acumulación del capital y la acumulación de conocimientos en una sociedad capitalista, por cuanto ambos procesos son una expresión del modo prevaleciente de organización social y económica.

c) En tercer lugar, puede intentar ofrecer explicaciones alternativas; explorar nuevas vías teóricas y ejercer su crítica intelectual de las «verdades» establecidas o aceptadas y, al mismo tiempo, promover la redistribución del conocimiento en la forma que se propuso anteriormente. A partir de este momento la acumulación del conocimiento puede volverse peligrosa ante los ojos de aquellos que controlan el establecimiento académico o político, y nuestro hombre de ciencia tendrá un acceso decreciente a los fondos para investigación, su contrato podrá no ser renovado, se le puede forzar a abandonar la universidad; y en casos extremos se le obligará a abandonar el país o puede ser encarcelado. En algunos países latinoamericanos (como Brasil y Argentina) este proceso ha sido notorio en los últimos años, pero no creo en modo alguno que esto sea privativo de la parte sur del hemisferio ni del hemisferio occidental.

Si bien la acumulación del conocimiento es un elemento de poder, no siempre sirve necesariamente para mantener las estructuras de poder existentes. Al contrario, puede —y debe— convertirse en un instrumento para el cambio, el cual, mediante el despertar y desarrollo de una conciencia crítica creadora, permite a los que no tienen poder, a los oprimidos, a los pisoteados, a los colonizados, primero cuestionar, luego subvertir (para un señalamiento de los aspectos positivos de la subversión, véase Fals Borda, 1970), y por último modificar los sistemas existentes de dominación, explotación y opresión.

La observación militante

Esto lleva directamente a la consideración de un papel emergente del investigador social que trascenderá la bien probada técnica de la observación participante: el papel que yo llamaría de observación activista, esto es, del observador militante. Con ello quiero decir la verdadera síntesis entre la investigación sobre y la participación en el proceso de cambio social, no desde el punto de vista ventajoso del administrador (como es el caso frecuentemente), del manipulador externo o del visitante participante transitorio (un engendro común de antropólogo aplicado), sino más bien al nivel del organizador político, del agitador social (en la más noble acepción de este término tan denigrado), o de «pescado en el agua» (para utilizar una relevante metáfora china). De este modo ambas, acción e investigación, estarían unidas en el interés de promover el conocimiento y de contribuir al cambio.

La observación activista no solamente mejorará el entendimiento científico del proceso social como efectivamente está sucediendo (y no como es reconstruido después del hecho), sino que también puede ayudar a transformar a los activistas o militantes con mentalidad no investigadora en observadores cuidadosos de su propia acción. Desde luego, ésta no es una receta invariable para la antropología en general, ya que no todos los tipos de movimiento social pueden esperar contar entre sus miembros a un científico social calificado, comprometido con sus metas. Es más que nada una idea para los científicos sociales comprometidos que están interesados en ciertos tipos de movimientos sociales, no sólo como observadores sino tal vez principalmente como participantes. Y esperamos que ese enfoque ayude a mejorar la calidad de la propia acción social.

Que no se trata de mera especulación está claramente demostrado por el muy activo compromiso de muchos científicos sociales con los movimientos revolucionarios de Latinoamérica. Permítaseme expresar aquí públicamente mi humilde admiración y homenaje a aquellos (científicos sociales y todos los demás) que se han comprometido, y particularmente a los que han muerto y sufrido torturas, encarcelamiento y persecución en su búsqueda de algunos de los más nobles ideales del hombre. Pero haciendo a un lado la emoción personal, estos mismos movimientos revolucionarios han mostrado la necesidad desesperada

del análisis socio-científico, esto es, de la constante acción recíproca entre la teoría, los hechos y la práctica. ¿No se habrían evitado algunos de los errores y equivocaciones trágicas en que incurrieron muchos de estos movimientos, si en lugar de aplicar simplemente teorías y esquemas mecánicamente hubieran hecho algún tipo de análisis continuo de la realidad social que ellos mismos estaban ayudando a moldear? ¿O sería esto esperar demasiado, tanto de la ciencia social como de los movimientos revolucionarios? Confieso que no tengo una respuesta preparada para esta pregunta.

Pero a pesar de las ventajas de situar los problemas de la investigación a este nivel existen grandes campos de estudio donde este enfoque simplemente no es viable. Además, existe el arduo problema de la perspectiva y la objetividad. Una de las principales contribuciones de la ciencia social al conocimiento social ha sido precisamente el desarrollo de técnicas y metodología de investigación que han permitido a los investigadores individuales distinguir con más o menos claridad entre el hecho social y la norma social, entre lo que realmente está pasando y lo que a ellos les gustaría ver que sucediera. Esta contribución de la ciencia social no debería ser tirada por la borda por los científicos sociales radicales. La ventaja de la observación científica con bases teóricas, realizada por observadores adiestrados, la perspectiva comparativa tan preciada por los antropólogos y sociólogos, la habilidad de los científicos sociales para liberarse de las estrechas perspectivas de clase social, grupo minoritario o subcultura, son un logro muy valioso. Y pueden ser una importante contribución al estudio adecuado de los movimientos sociales con los cuales el investigador, como individuo, está comprometido.

Científicos sociales y su papel de educadores

Además, existe el papel muy importante del científico social como maestro, y no solamente en la universidad. La rebelión estudiantil en el mundo contra la universidad y las escuelas en general, como sistemas de domesticación, debería tener importancia especial para los científicos sociales, al ayudarles a «descolonizarse» en sus propios ambientes académicos. Los científicos sociales, como maestros, pueden convertir-

se en fuerzas poderosas en el proceso de descolonización en todos los niveles. Tenemos la responsabilidad de ayudar a promover sistemas educativos para la liberación del ser humano y no para su domesticación y subordinación a los sistemas de dominación establecidos.

Además de las importantes preguntas de qué clase de investigación, para beneficio de quién, y el papel del científico social como maestro, también tenemos la cuestión de la participación directa de los científicos sociales en la aplicación de sus conocimientos.

La ciencia social aplicada generalmente significa la práctica de un científico social calificado en interés de un objetivo no determinado directamente por él mismo, sino por otro grupo o agencia, con consecuencias directas para el manejo de los asuntos humanos.

En el momento en que un científico social vende su trabajo al mejor postor en el mercado profesional, o pone sus conocimientos al servicio de un gobierno, una burocracia, un partido político, un sindicato, una organización internacional o un movimiento revolucionario, muy difícilmente podrá decir que es un simple observador neutral. Se ve directamente involucrado en los sistemas de valores y en las ideologías de los grupos u organizaciones con quienes trabaja, para quienes trabaja o en contra de quienes trabaja. Cuando un sociólogo industrial adopta la ideología de la empresa (véase Baritz, 1960, para una crítica atinada), o un antropólogo aplicado ayuda a mejorar la administración colonial o a incorporar a los indios a las sociedades nacionales en Latinoamérica, entonces deben encararse honradamente algunos problemas éticos o ideológicos. El científico social debe ser consciente de que ha hecho una selección, y es sólo en términos de reconocimiento consciente de las implicaciones de esta selección que puede ejercer su actividad científica aplicada. Estas consideraciones son de suprema importancia en el ejercicio de la ciencia social aplicada; el hecho de que hayan sido ignoradas por los científicos sociales aplicados (muchos de los cuales se han considerado a sí mismos técnicos amoraes) ha llevado a las ciencias sociales aplicadas al brete en que se encuentran actualmente.

Creo que ya pasó la época en que científicos sociales ingenuos, satisfechos con los conocimientos recién descubiertos sobre los seres humanos, podían ocuparse en una pequeña e inofensiva «ingeniería humana», en la creencia de que todo es para bien y sin cuestionar las implicaciones más profundas de su acción. Yo, en lo personal, soy de la

opinión de que la diferencia entre los científicos sociales que contribuyen con conocimiento de causa a los programas de contrainsurgencia en el sureste de Asia (véase Wolf y Jorgensen, 1971), o a proyectos tipo *Camelot* en América Latina y en otras partes, y los médicos que experimentaron con conejillos de Indias humanos en los campos de concentración nazis, es de grado y no de clase. El resultado final es el genocidio. Pero, desde luego, estos son casos extremos, en los que los problemas morales involucrados son bastante claros y la comunidad científica mundial ha tenido amplias oportunidades de dar a conocer sus sentimientos al respecto.

No todos los casos de la ciencia social aplicada son igualmente claros. Analicemos brevemente dos tipos de situaciones de particular importancia para los países subdesarrollados: la de la ciencia social aplicada en el contexto de la ayuda internacional, y en el contexto del desarrollo nacional.

Ciencia social aplicada en el contexto internacional

En la segunda mitad del siglo XX la ayuda técnica internacional se ha convertido en algo semejante a lo que solía ser anteriormente la actividad misionera cristiana entre los paganos. El mismo fervor apostólico, la misma justificación moral, la misma ingenuidad acerca de las realidades políticas y económicas, la misma subordinación básica y falta de apreciaciones críticas con respecto al sistema internacional de dominación. Los científicos sociales que trabajan en diferentes tipos de programas de desarrollo dentro del marco institucional internacional (ya sean proyectos de ayuda bilateral, ya los relacionados con organizaciones internacionales) no han cuestionado, hasta muy recientemente, los supuestos básicos sobre los cuales se imparte dicha ayuda, muchos de los cuales constituyen concepciones teóricas equivocadas que aún se sostienen ampliamente en los círculos científicos sociales, referentes a la naturaleza del subdesarrollo, las características del proceso de desarrollo y las relaciones entre la parte desarrollada y la parte subdesarrollada del mundo (véase Frank, 1969, y el capítulo primero del presente libro). Sin embargo, esta misma experiencia de los últimos veinte años ha de-

mostrado más o menos (a aquellos que quieren ver) lo hueco de muchos de estos supuestos y la futilidad de muchos de estos programas. El Programa Andino, al que varios gobiernos suramericanos y agencias internacionales dieron una extensa publicidad hace quince años (y en el cual un grupo de sociólogos y antropólogos afilaron sus dientes profesionales), ha sido puesto a un lado calladamente; la educación básica o fundamental y el desarrollo de la comunidad han pasado por revaloraciones agonizantes en varias agencias de las Naciones Unidas; entre los miembros del Cuerpo de Paz de Estados Unidos, el Comité de Voluntarios que han vuelto ha procedido a desmistificar toda la operación. Se pueden mencionar otros casos. Los científicos sociales involucrados en estos programas han sido los primeros en reconocer sus limitaciones. Este ha sido uno de sus resultados positivos: han contribuido al desarrollo de la crítica radical que he propuesto arriba.

Aunque no ha habido mucha publicidad acerca de ello, el personal profesional de expertos y técnicos en cierto número de agencias internacionales ha expresado últimamente serias dudas y críticas acerca de las operaciones en que está participando, y sobre las orientaciones básicas que parecen guiar las acciones de aquellas organizaciones. En tanto que parte de estas críticas sólo proponen una mayor eficiencia en los programas existentes, muchas de ellas van dirigidas a los supuestos implícitos (y a veces explícitos) en relación con el proceso de desarrollo. Muchos científicos sociales empleados en esos organismos se han convertido en simples piezas de las máquinas burocráticas internacionales donde trabajan; sin embargo, otros están ocupados en el difícil proceso de repensar y redefinir los conceptos básicos de la asistencia técnica internacional.

Es cierto, desde luego, que los dogmas fundamentales en que descansa el sistema capitalista internacional no son cuestionados por estas organizaciones. Así, la FAO no se propone solamente elevar la productividad agrícola en el mundo, sino que espera hacerlo fortaleciendo al mediano empresario comercial; la OIT, con su visión tripartita del mundo, ve a los empresarios privados y a los trabajadores asalariados como elementos permanentes de la escena social; la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (UNIDO) no cuestiona el papel de la empresa privada en el desarrollo industrial; y desde luego los bancos internacionales de desarrollo ven su propio papel como complementario del de las grandes corporaciones multinacionales. Pero aun dentro de este

marco general, y a pesar del hecho de que en términos de las necesidades de desarrollo del Tercer Mundo la ayuda técnica internacional es simplemente una gota en el mar, es claro que los científicos sociales han contribuido en forma importante. En América Latina, por ejemplo, la CEPAL ha sido decisiva en las dos últimas décadas sobre los problemas del subdesarrollo social y económico y de la dependencia extranjera. Cualquiera que sea el *status* actual de las políticas recomendadas por la CEPAL, no se puede negar que aun aquellos que las rechazan actualmente han sido profundamente influidos por las corrientes de pensamiento social y económico generadas por las actividades de esta organización.

Desde luego, los programas de ayuda internacional están muy lejos de constituir una revolución social, y si se toman aisladamente, sus esfuerzos serán mínimos. Pero el papel de los científicos sociales aplicados, como yo lo veo, es actuar lo mejor que puedan en términos de sus compromisos éticos personales, dentro del marco institucional que han escogido por campo de acción.

Por ejemplo, los científicos sociales que trabajan en un proyecto de ayuda técnica internacional para la reforma agraria desempeñarían un papel completamente diferente digamos, en Chile, que en un programa análogo promovido por el régimen actual del Brasil, o por el gobierno militar del Perú (el cual se ha propuesto llevar a cabo una reforma agraria radical). La variable clave aquí es el tipo de reforma que los gobiernos nacionales están dispuestos a emprender, no la filosofía del organismo internacional.

Las organizaciones internacionales no son monolitos sino más bien, como todas las burocracias, monstruos con muchas cabezas. Cierta flexibilidad es inherente a su naturaleza, y hay libertad dentro de sus estructuras para el científico social comprometido.

Ciencia social aplicada en contextos nacionales

Mucho más compleja y mucho más importante, a mi parecer, es la situación del científico social aplicado que trabaja en su propio país en el Tercer Mundo. Generalmente se encuentra en un remolino de corrientes profesionales, políticas y éticas conflictivas y cruzadas.

En primer lugar, está motivado por un profundo y sincero deseo de cambiar las cosas para el bien de la población de su país, con la cual se identifica plenamente. Tal vez esta motivación lo llevó a escoger las ciencias sociales como profesión.

En segundo lugar, está ansioso de ejercer su profesión al máximo de su habilidad, enfrentándose, como sucede frecuentemente, con oportunidades de trabajo limitadas en el campo académico y en su profesión en general.

En tercer lugar, es consciente —con muchos de sus compañeros estudiantes o profesionistas— de las causas y la naturaleza del subdesarrollo en su país, y del funcionamiento del imperialismo o neocolonialismo que afecta directamente las oportunidades del desarrollo de su propio país.

Pero muy frecuentemente sólo es la suya una conciencia visceral; la siente, pero no la entiende intelectualmente. Esto a veces lleva a un nacionalismo y chovinismo exacerbados: el *lo-sabemos-todo, no tienes-nada-que-enseñarnos* como actitud ante los extranjeros. Sin embargo, el nacionalismo se ha convertido en una fuerza poderosa y la ética nacional, como lo ha demostrado Adams (1968), es un ingrediente importante en la formación de científicos sociales en América Latina.

En cuarto lugar, se vuelve consciente de la naturaleza de las estructuras de poder y de clase en su propio país, y de los intereses conflictivos de los grupos dominantes (terratenientes, burocracia, burguesía dependiente, etc.) y las masas oprimidas (indios, campesinos, marginados urbanos, clase obrera).

Además, el gobierno de su país (cualquiera que sea su color político específico) está comprometido con el desarrollo social y económico como meta nacional y ha establecido toda clase de organizaciones con el propósito declarado de lograr tal desarrollo (oficinas de planeación nacional, servicios médicos preventivos y de salud pública, y muchos otros).

Nuestro científico social con inclinaciones aplicadas se irrita porque muchos de los puestos de responsabilidad en estos programas son ocupados, según él lo ve, por políticos analfabetos, doctores con criterio estrecho, arquitectos socialmente ignorantes y otras clases de bichos incivilizados y tecnocráticos. El cree saber que todos los errores y fracasos que han tenido dichos programas se deben a una inexcusable ignoran-

cia de las realidades sociales, y que un científico social bien equipado con los últimos diseños de investigación, con cédulas para entrevistas abiertas enfocadas y no dirigidas, con análisis estadísticos multivariados y un par de buenas hipótesis operativas, pronto podrá enseñarles lo bueno. Dentro de este marco seguramente surgirá un amable padrino (algún profesor universitario, un amigo en el gobierno, o un tío materno bien relacionado) con una proposición no muy bien pagada pero desafiante: aquí está tu oportunidad de mostrar lo que puedes hacer.

¡Ay! Nuestro bien intencionado y ambicioso científico social pronto se verá atrapado en la maraña burocrática, el papeleo administrativo, la politiquería y una falta de receptividad generalizada hacia sus importantísimas ideas. Además, en realidad nunca se le da ningún *poder*, y para un científico social en un país subdesarrollado no hay nada tan irritante como no tener ningún *poder*. Así que, o acepta la derrota y deja que la ciencia social lentamente se le escape, o se levanta y lucha contra el sistema, con resultados ambiguos.

El lector advertirá que sólo estoy bromeando a medias cuando trazo este cuadro estereotipado. En verdad, el dilema del científico social aplicado, especialmente del radical, es difícil. La urgencia de «hacer algo» para contribuir al cambio social en cualquier nivel, en países tan necesitados como éstos, es grande. Y cambios pequeños y grandes están de hecho ocurriendo en todas partes; muchos de ellos, particularmente en América Latina, parecen ser a primera vista verdaderamente revolucionarios cuando se ven dentro del marco de las estructuras sociales tradicionales, especialmente en las áreas rurales. Estos nos llevan al candente asunto de las transformaciones estructurales, tan apasionadamente discutido en los círculos latinoamericanos. ¿Cuáles son estos cambios estructurales? ¿Cuándo es la acción social realmente revolucionaria y cuándo es «meramente reformista»?

Entre los radicales es muy común rechazar muchos programas por ser «reformistas» (*i.e.* no conducen a cambios significativos, sino más bien tienden a fortalecer los sistemas de explotación existentes, por un proceso de modernización) y exigir, en su lugar, cambios verdaderamente revolucionarios. Aunque básicamente estoy de acuerdo con este punto de vista, no creo que sea para el científico social comprometido una excusa para abandonar la actividad profesional. Por el contrario, constituye un desafío a orientar esta actividad en un sentido positivo.

Reforma y revolución

Examinada más de cerca, la diferencia entre «reforma» y «revolución» no es desde luego muy nítida. Aunque todos estamos seguros de poder reconocer el producto acabado, nos parecemos más a los ciegos de la fábula que buscan identificar al elefante revolucionario tentaleando alrededor de sus diferentes extremidades. Sin embargo, las revoluciones no son nunca un producto acabado, y una mirada más de cerca a algunas revoluciones nos mostrará que todas ellas se reforman constantemente desde dentro. Aquellas que no lo hacen, aquellas que se apoyan en el mito de que han alcanzado la perfección caen en el atolladero burocrático totalitario, del cual cada vez es más difícil escapar.

Por otro lado, si bien el «reformismo» como ideología es ciertamente contrarrevolucionario, las reformas específicas de estructuras sociales y económicamente tienen diferentes significados en contextos históricos diferentes. Así, existen reformas cuyo propósito y función principal es prevenir cualquier clase de cambio profundo y fortalecer los sistemas existentes. La Alianza para el Progreso fue uno de estos programas. Yo las llamaría reformas contrarrevolucionarias.

Otras reformas son más «reformistas», esto es, intentan lograr cierto número de cambios importantes que requieren el ajuste de las estructuras existentes, sin modificar, sin embargo, las bases del poder político y económico de las clases gobernantes del país. La abolición de la servidumbre en Rusia, el *estatuto da terra* en Brasil, el reconocimiento del derecho de los trabajadores a organizarse y a efectuar huelgas, la nacionalización de algunas industrias o servicios básicos en países dependientes y, desde luego, algunos programas de distribución de la tierra en países de América Latina, todo cabe dentro de esta categoría. Las «reformas reformistas», en ausencia de revoluciones políticas y sociales cabales, son un aspecto necesario e inevitable del desarrollo social. El científico social radical no puede menos que aprobarlas y darles su apoyo, aun cuando sepa —o sienta— que «no son su apoyo», aun cuando sepa —o sienta— que «no son suficientemente profundas», o que «pasan por alto los verdaderos problemas».

Existen, por último, las «reformas revolucionarias», reformas que llegan hasta los centros nerviosos de los sistemas de dominación establecidos, que son el resultado de la presión organizada de las masas

populares y que muy claramente afectan la posición relativa de las clases sociales opuestas en la sociedad. Sin duda fue éste el caso de la reforma agraria en México y en Bolivia en sus etapas, y de las de Chile y Perú actualmente. La nacionalización del sistema bancario (como en Chile) puede ser otro ejemplo. Las reformas revolucionarias son trampolines para transformaciones posteriores, y el que sean o no utilizadas como tales depende, desde luego, de factores políticos muy concretos.

El que las reformas de cierta clase se vuelvan revolucionarias o no, no es tanto una función de las reformas en sí mismas como de su lugar dentro del proceso total de desarrollo y su relación con otros tipos de acción. Por lo tanto, no se les debe juzgar aisladamente, sino más bien en términos de su acción recíproca con la sociedad más amplia. Así, si bien la reforma agraria mexicana fue revolucionaria al principio (hasta 1940), la misma reforma (basada en las mismas premisas, los mismos mecanismos y la misma ideología) se ha vuelto conservadora dentro de la estructura social y económica contemporánea de México. El papel de las reformas en la sociedad no es sino una expresión de las relaciones entre las diferentes fuerzas políticas y sociales en juego, y es la dinámica de estas relaciones la que determinará si las reformas son reformistas o se vuelven revolucionarias.

En estas condiciones, las ciencias sociales aplicadas deben redefinir su papel constantemente o se convertirán en apéndices tecnocráticos insignificantes de la aplicación de políticas sobre las cuales no ejercen la menor influencia. He encontrado pocos científicos sociales aplicados que vean la situación de esta manera; generalmente aceptan un conjunto de políticas venidas desde arriba, y si de algún modo tienden a redefinir los problemas es más en términos operativos que en términos políticos. Actualmente la crítica fundamental proviene principalmente de la generación más joven de científicos sociales, y muy frecuentemente de los estudiantes.

Por ejemplo, debería estar claro que el papel de un sociólogo o un antropólogo que participa en programas de difusión de innovaciones técnicas en la agricultura variará radicalmente según estos programas se apliquen en el marco de una reforma agraria radical y estén dirigidos a los campesinos beneficiarios de esta reforma, o se ejecuten dentro de un marco tradicional de grandes latifundios, con sistemas de estratifica-

ción rígidos, donde un puñado de empresarios modernizantes sean los únicos que puedan aprovechar estas innovaciones. Lo mismo se aplica a los programas de salud y nutrición, desarrollo de la comunidad, cooperativas, etc.

Indigenismo

Un asunto particularmente importante en América Latina es el indigenismo, término que denota los diferentes programas de gobierno cuyo objetivo es la incorporación de poblaciones indígenas atrasadas a las grandes corrientes de la vida nacional. Recientemente los científicos sociales radicales criticaron con dureza estos programas, particularmente en México y en Perú. Desde luego, no se puede impugnar la meta básica del indigenismo: mejorar los niveles de vida de las poblaciones indígenas. Son más bien las premisas ideológicas sobre las cuales está basado el indigenismo las que se cuestionan. Y ellas tienen que ver con las concepciones prevalecientes acerca de qué constituye el llamado problema indígena, y sobre la naturaleza del proceso de desarrollo nacional. Las sociedades indígenas en América Latina tradicionalmente han sido vistas por los antropólogos en términos de cierto número de criterios culturales que las distinguen de la llamada cultura nacional. Los cambios que han sufrido estas sociedades se han manejado como un proceso de aculturación. Los sistemas regionales en los cuales indígenas y no indígenas interactúan han sido llamados sistemas de castas. La hipótesis principal de los indigenistas ha sido que un proceso acelerado de aculturación o cambio cultural dirigido ayudará a romper este sistema de castas, a elevar a las comunidades indígenas al nivel del ambiente circundante y a integrar a los indígenas como miembros participantes de la sociedad nacional. La naturaleza de la sociedad nacional misma raramente fue analizada. Los mecanismos con los cuales las clases dominantes de esta sociedad nacional (y antes de ella, la sociedad colonial) de hecho habían ya integrado a los indígenas en su sistema de opresión y explotación desde la conquista, pero particularmente desde la expansión de la producción capitalista en la agricultura, eran llamados antecedentes históricos, pero no se les consideraba importantes en

la situación actual. Al negarse a reconocer las características esenciales de la sociedad nacional a la cual pertenecían (sin mencionar la naturaleza del Estado como expresión del sistema nacional de clases), los indigenistas simplemente responsabilizaron a las comunidades indígenas de su propio atraso, culpando a su cultura, sus sistemas de valores e, irónicamente, a su supuesto aislamiento. (En otra parte —Stavenhagen, 1963— he criticado este concepto y propuesto otra alternativa de interpretación. Véase también Bonfil, 1972.)

¿Es el papel de los antropólogos aplicados en el indigenismo el acelerar la desaparición de las culturas indígenas? ¿Imponerles los valores de la clase media urbana de una sociedad competitiva, destructiva y burguesa? ¿Sancionar, mediante la política oficial, la acelerada proletarianización o marginalización de las poblaciones indígenas? ¿Fortalecer con su acción otras formas de explotación económica, más nuevas y tal vez más despiadadas? Estas son algunas de las preguntas que se está haciendo una nueva generación de indigenistas. Desde luego, estos procesos están ocurriendo por sí mismos, y los indigenistas oficiales sostienen que de hecho los están combatiendo por medio del paternalismo ilustrado, la ayuda técnica, los programas educativos y cosas similares. Sin embargo, los críticos dudan y quisieran ver un nuevo tipo de indigenismo como una poderosa fuerza dinámica que ofrezca no solamente paliativos burocráticos a culturas agonizantes y campesinos pisoteados, sino que combata el etnocidio que se practica actualmente en América Latina (véase la «Declaración de Barbados», firmada por once antropólogos preocupados con este proceso, 1971; también Jaulin, 1970) y que servirá como fuerza aglutinante para la transformación revolucionaria no sólo de las comunidades indígenas, sino de las mismas sociedades nacionales. (Véase, para discusiones sobre indigenismo, Bonfil *et al*, 1970.)

Podemos ver, por este ejemplo, que el papel del científico social aplicado en el desarrollo nacional no puede ser neutral; no puede mantenerse leal a los principios éticos de su ciencia y al mismo tiempo negarse a tomar partido en los grandes problemas ideológicos y éticos de los procesos societarios en que está involucrado como practicante. Y, como lo muestra el caso del indigenismo, no es ésta una cuestión de ciencia contra política, sino de una clase de ciencia-en-la-política contra otra.

Ciertamente, ninguna cantidad de ciencia social aplicada, ya sea romántica, oficial, burocrática o radical, puede alterar por sí misma las fuerzas sociales en función. Pero el científico social comprometido tiene la obligación de plantear los problemas, de hacer las preguntas difíciles, de llevar la crítica hasta sus conclusiones, de crear nuevos modelos en vez de los que se ve obligado a descartar. Y, si puede, de tomar las medidas necesarias.

Referencias bibliográficas

- ADAMS, Richard, 1968. «La ética y el antropólogo social en América Latina», *América Indígena*, XXXVIII, 1.
- BARITZ, L., 1960. *The Servants of Power: History of the Use of Social Science in American Industry*. Middleton Conn., Wesleyan University Press.
- BERREMAN, Gerald D.; GJESSING, Gutorm; GOUGH, Kathleen, y VILLA ROJAS, Alfonso, 1969. «La responsabilidad social de los científicos sociales», *América Indígena*, XXIX, número 3.
- BONFIL, Guillermo, y otros, 1970. *De eso que llaman antropología mexicana*. México, Editorial Nuestro Tiempo.
- 1972. «El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial», *Anales de Antropología*, XI.
- COPANS, Jean, 1970-71. «Quelques reflexions», *Les Temps Modernes*, número 293-294.
- «Declaración de Barbados», 1971, suscrita por once antropólogos que asistieron al Simposio sobre Fricciones interétnicas en América del Sur.
- DELORIA, Jr., Vine, 1969. *Guster Died for your Sins: An Indian Manifesto*. Nueva York, Avon Books.
- ERASMUS, Charles, 1969. «El síndrome 'encogido' y el desarrollo de la comunidad», *América Indígena*, XXIX, número 1.
- FALS BORDA, Orlando, 1968. «Ciencia y compromiso», *Aportes*, 8.
- 1970. «Subversion and Development: the Case of Latin America». Ginebra, Foyer John Knox.
- 1970. «La crisis social y la orientación sociológica: una réplica», *Aportes*, 15.
- FRANK, André G., 1969. *Latin America: Underdevelopment or Revolution*. Nueva York, Monthly Review Press.
- FREIRE, Paulo, 1970. *Pedagogía del oprimido*. Montevideo, Tierra Nueva.
- HUIZER, Gerrit, 1970. «Resistencia al cambio como un potencial para la acción radical campesina: Foster y Erasmus reconsiderados», *América Indígena*, XXX, número 2 (la respuesta de Erasmus aparece en *América Indígena*, XXX, número 3, 1970).
- JAULIN, Robert, 1970. *La paix blanche: introduction à l'ethnocide*. París, Seuil.
- SOLARI, Aldo, 1969. «Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales», *Aportes*, 13.
- 1971. «Usos y abusos de la sociología: una dúplica», *Aportes*, 19.
- STAVENHAGEN, Rodolfo, 1963. «Clases, colonialismo y aculturación: un ensayo sobre relaciones interétnicas en Mesoamérica», *América Latina*, vol. 6, número 4 (incluido en *Ensayos sobre las clases sociales en México*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1968).
- VALENTINE, Charles A., 1968. *Culture and Poverty: Critique and Counterproposals*. University of Chicago Press (véase la discusión sobre este libro en la revista *Current Anthropology*, 1969, números 2-3).
- WOLF, Eric R., y JORGENSEN, Joseph G., 1971. «Antropología en pos de guerra», *América Indígena*, XXXI, número 2.